

Georgina Herrera: una cimarrona genuina

Jorge Olivera Castillo
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

El ámbito literario de esta poetisa afrocubana, nacida en 1936, podría ser interpretado como una particular geografía donde confluye la transparencia, lo genuino de una versificación sin estridencias retóricas y el compromiso de tocar con la fibra del talento una amplia zona de los sentimientos humanos.

En su lírica es fácil escuchar el eco de las vivencias que la han marcado durante su larga trayectoria por abismos, marejadas y también por sitios donde se siente el suave respirar de una rosa y el trino de los pájaros bordando un amanecer a punto de quitarse de encima los últimos vestigios de la noche.

Georgina Herrera le canta al dolor y al recuerdo grato sin subirse a los altares de la vanidad. Le basta con ser portadora de una espontaneidad inmarcesible para perpetuarse en la memoria de quienes leen sus libros y captan los mensajes que ella sabe preparar con los aderezos de la experiencia y un estilo despojado de culteranismos y otras poses que tienden a reducir la accesibilidad al universo poético.

Un tema recurrente en su bibliografía dicta las coordenadas de un compromiso

con su raza frente a los avatares que se cierren sobre su existencia actual y un pasado también cargado de estigmas, mucho más lacerantes.

Tiene la fortuna de ahondar con tacto, sin disonancias estéticas y sobre todo con arte genuino, aristas que reflejan el orgullo de ser fruto de un árbol genealógico en que aparece la indeleble huella de sus ancestros africanos. Es como si llevara una cámara sobre sus hombros y un micrófono en la mano, para interrogar a la historia sobre el drama vivido por millones de hombres y mujeres arrancados de su tierra y caídos en la red de un sufrimiento que perdura bajo el barniz de las reivindicaciones parciales y otros camuflajes que se facturan a la medida de cada controversia.

Herrera se alista en las filas de los que se resisten a enclaustrarse en las celdas de una prudencia que en la esfera cultural de la Isla suele confundirse con la traición y el sometimiento a políticas que empañan los derroteros de la libertad en todas sus posibles vertientes. Esta mujer de rostro tranquilo y proverbial sencillez, prefiere el grito antes

que el gesto sumiso, el dedo índice apuntando al victimario y no desplegándose sobre la frente y el pecho a modo de resignación.

Eso sí, lo hace con la delicadeza de una dama que no teme exponer en público su eterna enemistad con el odio y que busca ante todo iluminar las zonas oscuras que subyacen en la mente de los enmascarados seguidores del Ku-Klux-Klan, que siguen con su filosofía de ver al hombre negro como un aborto de la naturaleza.

La ruta del cimarronaje que Georgina Herrera transita desde su irrupción en el entorno intelectual, en la década del 60 del siglo precedente, carece de señalizaciones que anuncien desvíos o pausas interminables. En este andar se siente cómoda, libre de ataduras que desnaturalizan el acto creador y obligan a componendas donde la ética adquiere un halo fantasmal con pocas posibilidades de retornar a su estado tangible y puro. Su poética aborrece esas zonas, muy frecuentadas por otros colegas, que residen en los resquicios de la ambigüedad como recurso para sobrevivir a los vientos, a menudo huracanados, de un sistema que en el fondo aborrece a los integrantes de este sector de la cultura, salvo que alcen su diestra para apoyar cualquier felonía o integren la infausta feligresía del silencio que crece en el núcleo y la periferia de las barbaries.

Lejos de acomodamientos, Georgina Herrera ha preferido ser un exponente de la rebeldía sin perder el don de comunicar pasajes llenos de belleza y sensualidad que no pasan inadvertidos en la cartografía de la poesía de amor escrita dentro del territorio nacional en los últimos 50 años. El poema "Sentencia" así lo confirma:

*Nunca arderá a tu cabecera
un fuego más intenso
que estos dos ojos míos
al mirarte
en el intento de una manera nueva
para esa pequeña ira
legendaria
que es amor de siempre.
Nunca
verás creciendo sobre
la tierra que hice de tu piel
ese árbol
en que transformé mi cuerpo solo,
para tu amor.
Y nunca
ya más seré ese río
múltiple de mi boca
lugar donde tu sed desaparezca.*

Otro ejemplo de riqueza lírica, inobjetable valor polisémico y donde vuelve a fundamentarse un estilo limpio y directo sin que la comunicabilidad del verso se afecte, es "El tigre y yo durmiendo juntos".

*El tigre tuvo un sueño,
se echa junto a mí, se duerme
como un regalo inusitado; tiendo
la mano y lo acaricio.
Dichosa es esta mano que se pierde
entre el dibujo de su piel
Me arrimo aún más.
El tigre es tibio y manso. Pego
Mi oído a su corazón
Apenas late.
¿Cómo puede ser tan pausado
El corazón del tigre?*

Al margen de su destacada incursión como guionista de radio, con más de 60

obras, Georgina Herrera trasciende por un considerable registro que abarca ocho poemarios publicados: *GH* (1960), *Gentes y cosas* (1974), *Granos de sol y luna* (1977), *Grande es el tiempo* (1989), *Gustadas sensaciones* (1997), *Gritos* (2005), *África* (2006) y *Gatos y Liebres* (2010). Es oportuno recordar los libros no publicados: *Los hijos de Israel* y *Tiempo traído de los pelos*. Este último recibió mención de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), pero nunca llegó a la imprenta.

Tampoco puede olvidarse, dentro de la versatilidad creativa de esta poetisa, el guión cinematográfico *Las raíces de mi corazón* (2001), que aborda por primera vez el tema de la masacre de miles de integrantes del *Partido Independiente de Color*, entre mayo y julio de 1912. El cortometraje de ficción fue dirigido por la cineasta Gloria Rolando.

Valga apuntar que la escritora formó parte del reprimido Grupo El Puente, que en la década del 60 se propuso crear un espa-

cio de arte y literatura fuera del ámbito oficial. Por tal militancia fue también objeto de marginación, como casi todos los que pertenecieron al grupo, que pese a los obstáculos pudo llevar a cabo parte de sus planes, por supuesto que a un elevado costo a mencionar en el inventario de hechos abominables amparados en una revolución socialista que culminó en la actual dictadura de corte totalitario.

Georgina Herrera no optó por el exilio ni por callar sus penas. Perseveró en su afán por defender una posición de principios y ganó la batalla. Aquí permanece, quizás con uno o varios propósitos artístico-literarios a la espera de concretarse. Ojalá sea otro libro de poemas lleno de evocaciones sobre una existencia plena de luces y sombras. En sus versos estará nuevamente la medida y la transparencia, el dolor y la alegría, el sol y los nubarrones. En fin, otro intervalo de su vida, nuevamente mostrada desde una perspectiva sin el capote gris del pesimismo.